

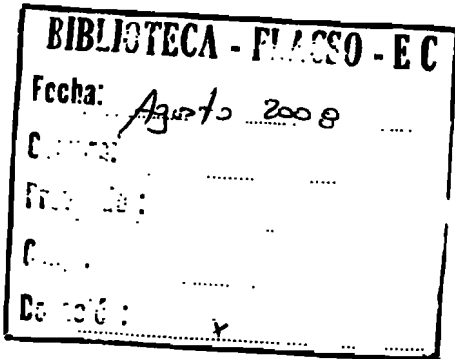
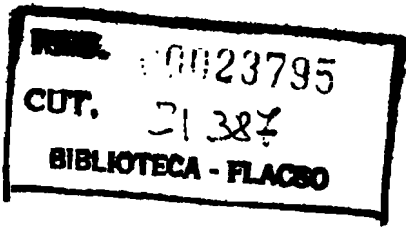
JOSÉ JOAQUÍN BRUNNER, MARTÍN HOPENHAYN
TOMÁS MOULIAN, LUDOLFO PARAMIO

Paradigmas de conocimiento y práctica social en Chile

FLACSO - EMBUSCO

Flacso
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales

300.72.
P211P



Paradigmas de conocimiento y práctica social en Chile.
José Joaquín Brunner, Martín Hopenhayn,
Tomás Moulian y Ludolfo Paramio.

© FLACSO
Inscripción N° 87.485
I.S.B.N. 956-205-063-7

Diseño de portada: Patricio Andrade y Mauricio Espinoza
Diseño interior: Patricio Andrade
Composición: Jorge Gacte
Producción editorial: Eduardo Díaz E.
Impresión: S.R.V. Impresos S.A.
Tocornal 2052 - Fonofax: 551- 9123
Santiago.

Se terminó de imprimir en
Agosto de 1993.
IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE.

Indice

Prólogo	9
La investigación social positiva y la utilización del conocimiento José Joaquín Brunner	15
El marxismo en Chile: Producción y utilización Tomás Moulian	107
El materialismo histórico como programa de investigación Ludolfo Paramio	163
El humanismo crítico como campo de saberes sociales en Chile Martín Hopenhayn	203

La crítica a la civilización industrial *en su conjunto*, que el investigador puede usar de contexto explicativo o hermenéutico para una entrevista en profundidad o en una historia de vida individual (a un poblador de la periferia capitalina, a un campesino de una cooperativa, a un testigo de Jhová), plantea una brecha epistemológica difícil de saldar entre el alcance de la hipótesis y la legitimidad de la evidencia.

Pese a esta brecha, el contraste adquiere un sentido dialéctico, puesto que *lo singular* aparece, en la interpretación humanista-crítica, constituido como *negación viva* (o concreta, o carnal, o irreductible) de un orden universal. Detenerse y privilegiar la escala de lo micro —trátase de movimientos sociales locales, iniciativas de base, constitución de colectivos solidarios, experiencias comunicativas o de desarrollo personal, resistencias puntuales— no aparece para la CHC como una reducción arbitraria y caprichosa del universo de lo social, sino una forma de poner de relieve el *juego de oposiciones* entre fuerzas de resistencia que tienden a la emancipación y fuerzas dominantes que tienden a la alienación. Su validez radica, precisamente, en *patentizar* la tensión entre estas lógicas.

Sin embargo, dos objeciones resultan difíciles de rebatir en este punto. La primera cuestiona un cierto sesgo ingenuo o maniqueo del investigador comprometido en las filas del humanismo crítico, en virtud del cual se traza, con excesiva ligereza, una línea divisoria entre los actores que portan la marca de la dominación y aquéllos que aparecen como embriones de la emancipación. Muchas veces el investigador reparte el bien y el mal entre los distintos agentes sociales y soslaya excesivamente la naturaleza heterogénea de los propios actores, como si éstos fuesen enteramente prístinos o completamente crepusculares.

1976, y el texto de Luis Weinstein, *La racionalidad integradora y el desarrollo alternativo*, Santiago, CEPUR, 1985. Algunos referentes externos pueden ser los siguientes: Max-Neef, Mallman y Aguirre, *La sinergia humana como fundamento ético y estético del desarrollo*, Argentina, Fundación Bariloche, 1978; Tibor Scitovsky, *The Joyless Economy: An Inquiry Into Human Satisfaction and Consumer Dissatisfaction*, Oxford University Press, 1976; Dag Hammarskjöld Foundation, *Qué Hacer*, Uppsala, 1976; Abraham Maslow, *The Farther Reaches of Human Nature*, Nueva York, The Viking Press, 1971; E. F. Schumacher, *Small is Beautiful*, Nueva York, Harper and Row Publishers, 1975; Erich Fromm, *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*, trad. de F. M. Torner, México, Fondo de Cultura Económica, 9ª edición, 1971; y Oscar Varsavsky, *Marco histórico constructivo para estilos sociales, proyectos nacionales y sus estrategias*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1975.

Por cierto, ésta no es una regla general, sino una tendencia que podría minimizarse si la CHC aplicara su notable rigor crítico a sus propias prácticas teóricas.

Una segunda objeción respecto de la escala en que se sitúa la mirada del CHC se refiere al salto acrobático ya señalado entre el pequeño caso y la gran propuesta. Se señaló anteriormente que esta tradición incipiente carece de una teoría del cambio, y esto obliga precisamente a esta acrobacia hiperinductiva mediante la cual el investigador se remonta de un caso sintomático a una antropología filosófica; de un ejemplo empírico a un principio ético; de una experiencia comunitaria a un proyecto de país. Se echan de menos una serie de instancias intermedias de análisis, escalones que medien entre la teoría y la realidad, y entre la realidad y el proyecto de mundo.

Por cierto, este problema de brechas entre escalas de acercamiento a la realidad social no descalifica, como opción de conocimiento y producción de saberes, a la CHC. En esto, y una vez más, su debilidad puede ser también su fuerza: a diferencia de otras tradiciones, no ha agotado todavía sus posibilidades de construcción social, sino que cuenta con un importante espacio abierto, de meso-escala, reservado a la imaginación productiva.

El investigador frente a su objeto

De los valores éticos asumidos como propios la CHC deduce y adopta opciones epistemológicas, metodológicas y de práctica investigativa. Más allá de la validez científica que estas opciones puedan tener, condicionan en importante medida la forma en que el cientista social encara su propia producción cognoscitiva, y condicionan también la relación que establece —o que intenta establecer— con su objeto de estudio, vale decir, con los procesos y actores sociales que privilegia. De estas opciones me parece pertinente destacar suscitadamente las siguientes:

- La investigación-acción y la *investigación participativa*, lo cual supone que el cientista social estudia su «objeto» interviniendo con él en un proceso de interacción y de determinación recíproca. En otras palabras: los procesos y actores considerados dejan de ser un *objeto* de estudio para convertirse en un sujeto que participa de la propia experiencia cognoscitiva del investigador, y a su vez el investigador participa de

los procesos y sujetos que estudia. En cierto modo esta opción respondería a la imagen de una práctica cognoscitiva des-instrumentalizante y de un cientista social que no reifica los sujetos que pretende comprender. Respondería también al ideal de un conocimiento cuya producción es directamente apropiada por los potenciales beneficiarios de dicho saber en la práctica, sin la intermediación burocrática del *policy-maker* o del político: un conocimiento que se capitaliza en el lugar en que ha sido producido, pero que también modifica «vitalmente» al propio investigador.

- La investigación cualitativa, que se traduce concretamente en recabar historias de vida, formular entrevistas en profundidad, formar talleres de discusión con los sujetos-objetos de la investigación para conocerlos en su dimensión expresiva y afectiva, desarrollar una hermenéutica de los acontecimientos sociales para destacar la producción de sentidos por parte de los actores comprometidos, etc. Si bien como metodología tiene un cuestionable rango científico, responde a la idea de que el instrumental de medición cuantitativa utilizado por la investigación social positiva no es capaz de captar a los procesos y a los actores en sus dimensiones más reales y sentidas, y que sólo el análisis cualitativo y experimental habilita una relación no instrumental entre el investigador y su objeto⁴⁹. De este modo, el conocimiento se «humaniza» en beneficio de un mundo más humano.

- La investigación crítica, que constituye el momento negativo de la producción del saber social en la CHC. Entiéndase por momento negativo el ejercicio permanente de desmistificación, denuncia o desenmascaramiento que el cientista social hace respecto de las lógicas de dominio, y sobre todo respecto de cómo esas lógicas de dominio encarnan —y se disimulan— en discursos que circulan y son parte del consumo simbólico de la sociedad; ya se trate de los discursos que provienen del Estado, que circulan en la publicidad de los medios de comunicación de masas, que emanan desde los partidos o desde las ideologías políticas, o que se arraigan en el ejercicio de profesiones y saberes diversos.

- La reconstrucción especulativa es, al mismo tiempo, el momento más cuestionable y el más desafiante en la producción humanista-

49. Esta dimensión *experiencial*, tomada como fuente legítima y necesaria de conocimientos, tal vez constituye una de las diferencias más claras entre la tradición marxista y la tradición humanista crítica.

crítica. Si el ejercicio crítico termina por objetar hasta las bases mismas de los saberes y las ideologías predominantes, desde las ruinas es necesario construir los cimientos de un nuevo edificio explicativo: una nueva economía política cuando se objetan los fundamentos de la vieja economía política⁵⁰; una nueva teoría sobre la constitución de los actores sociales cuando se han puesto en entredicho las explicaciones prevalecientes; una nueva teoría de las necesidades cuando se ha explicitado la insuficiencia de las teorías previamente «ofertadas»⁵¹; una nueva epistemología cuando se han derribado las viejas epistemologías. No se trata, claro está, de construcciones *ex-nihilo*, sino de una apropiación heterodoxa de fuentes teóricas diversas, cruzadas con la observación y el estudio de fenómenos sociales específicos, de lo cual resultan propuestas de interpretación relativamente novedosas. Estas propuestas suelen traslucir el intento por reconstruir la teoría social en consonancia con los valores éticos previamente interiorizados y explicitados. Su legitimidad está dada, con frecuencia, más por esta coherencia con valores que por la consistencia interna de las propias propuestas de construcción teórica⁵².

El modo en que el investigador se ubica frente a los procesos y actores sociales que intenta poner de relieve en su producción de saberes podría remitirse a un *compromiso del conocimiento con la utopía de la democratización exhaustiva*, compromiso que encarna aquí en un triple movimiento, a saber: i) El intento por sistematizar los procesos y actores en cuestión, vale decir, por establecer la relación entre éstos y la utopía democrática, y las relaciones efectivas o potenciales que podrían existir entre estos procesos y entre estos actores; ii) El intento por *constituirse a sí mismo* en parte de este conjunto de procesos, mediante la penetración más directa y vital posible con los actores-portadores de la democracia y los procesos en que se manifiesta —a los ojos del investigador— el embrión de la democratización exhaustiva; y iii) El intento por *difundir* de la manera más efectiva y exhaustiva el conocimiento social que destaca la relevancia de estos actores para la construc-

50. Ver CEPUR y Razeto, *op. cit.*

51. Véase una nota anterior en que se citan fuentes en relación a nuevas conceptualizaciones de necesidades humanas.

52. Esto no es reprochable: por el contrario, constituye otra forma de entender el campo de producción social, forma que la propia CHC está continuamente explicitando y tematizando.

ción de una democracia radical, y por alentar, en el mundo académico y en el mundo político, la preocupación por estos micro-procesos y estos «pequeños héroes» ocultos en el tejido social.

De este modo, la opción temática es también una opción valórica: se estudian actores de la sociedad que el investigador *construye*⁵³ en tanto portadores, potenciadores o inhibidores del cambio social. Todo ello poblado de sentido desde el horizonte utópico previamente asumido por el propio investigador. La posición del investigador frente a su objeto trasunta, pues, un *interés vital*.

De la misma manera, los procesos y/o prácticas sociales que la investigación ha de poner de relieve son aquéllos que la teoría también busca *precipitar*: procesos que pueden existir en «estado de latencia» o de «incipiencia», de dispersión o de presencia esporádica, y que el investigador desea proyectar en el espacio y en el tiempo, dotarlos frente a la sociedad de un cuerpo más denso, adscribirles una eficacia centrípeta en el cambio social; en suma: forzar un reconocimiento social más extendido del valor y el potencial de determinados procesos que, a los ojos de la CHC, refuerzan la dirección de la historia en el sentido de la utopía que subyace a su propio campo epistemológico.

En cierta manera el investigador sitúa su objeto particular de estudio en el momento de la universalidad: es así como lo investiga y lo construye al mismo tiempo. Ese momento de la universalidad lo facilita la utopía que sirve de horizonte de la acción del investigador, y es, también, el momento en que es posible una suerte de virtual fusión entre el investigador y su objeto: el teórico se funde con los procesos y actores que lo ocupan, amalgamado por una historia que tanto él como sus objetos-sujetos empujan en una misma dirección.

El investigador aporta, por la vía de la investigación participativa, una suerte de «para-sí» para su objeto: el actor investigado gana en autoconciencia merced al compromiso que el cientista social adquiere con él. De este modo el investigador contribuye a la conciencia crítica del actor y a que éste expanda sus potencialidades de participación en procesos de emancipación. Igualmente, el investigador intenta propagar, por la vía de múltiples estrategias de diseminación, la conciencia crítica en todas las esferas de la sociedad.

53. O «libera», o «cataliza», o «precipita», palabras que el investigador de la CHC aceptaría de buen gusto.

Expandir la conciencia crítica, fortalecer la autoconciencia en los actores-embriones de la emancipación, transformarse a sí mismo mediante este proceso de compenetración con los actores y procesos investigados, recuperar los pequeños triunfos de los pequeños movimientos para que arraiguen en memoria histórica y en cultura política: tales parecen ser los roles que el propio miembro de la CHC se prescribe en tanto observador-actor; éstos parecen ser los modos en que el científico social de esta tradición se convierte, desde una nueva sensibilidad y una perspectiva renovada, en una nueva versión de intelectual comprometido con el cambio social.

El soporte institucional

Hasta el momento el soporte institucional de la CHC han sido las llamadas organizaciones no gubernamentales u ONGs. Esto se explica tanto por razones de fuerza externa como por una cierta afinidad entre este modelo de soporte institucional y el tipo de inserción del investigador humanista-crítico en la dinámica de producción de saberes sociales.

La determinación externa viene dada por el hecho de que los principales soportes institucionales que históricamente habían nucleado la producción de saberes sociales en el país se vieron gravemente disueltos o restringidos después del golpe de Estado en 1973. Estos soportes eran las universidades y los partidos políticos y, en menor medida, instituciones del sector público vinculadas a la planificación, al fomento industrial o al desarrollo científico. Mientras las universidades fueron intervenidas, reprimidas e ideológica y culturalmente censuradas por el gobierno militar, los partidos políticos fueron directamente proscritos y perseguidos. Por otro lado, la política de reducción de la participación del Estado en la esfera económica también minimizó, en cantidad y en pluralismo, la producción de saberes sociales en organismos públicos.

Todo esto condujo a los científicos sociales —y no sólo a los de corte humanista crítico, que para entonces eran muy pocos y muy dispersos, sino también a los de otras corrientes, principalmente de izquierda— a nuclearse en torno a instituciones privadas de investigación social, cuyos recursos eran obtenidos mediante donaciones de organizaciones de ayuda al desarrollo o de cooperación internacional, provenientes de países industrializados. Poco a poco las ONGs prolifera-

raron, se consolidaron y crecieron. Actualmente, la producción de saberes sociales que emana de dichas instituciones ya goza de un reconocimiento social innegable, y en muchos casos mayor que el de la investigación análoga que se desarrolla en los claustros universitarios.

Las ONGs se constituyeron, de este modo, en la principal estrategia de supervivencia profesional por parte de los científicos sociales expulsados de la universidad, privados de participación en el sistema político, y vetados en el sector público. Actualmente existe una cantidad y variedad enorme de organizaciones no gubernamentales en Chile, con tamaños y recursos muy diversos⁵⁴.

Resulta difícil encontrar organizaciones no gubernamentales que sean homogéneas en el perfil de producción de conocimientos. Al interior de ellas conviven humanistas críticos, funcionalistas renovados, socialistas renovados, marxistas heterodoxos y distintos tipos de eclécticos. Esta pluralidad ha sido también una alternativa necesaria a la uniformización ideológica emprendida por el gobierno militar en todos los otros espacios de producción de conocimientos científico-sociales.

Puede suponerse que, dada la relativa incipiencia de la tradición humanista-crítica, y al hecho de que todos sus adherentes han sido desde el principio opositores al régimen militar⁵⁵, esta tradición *comienza y se expande* bajo el paraguas institucional de organizaciones no gubernamentales. Es difícil encontrar en Chile a científicos sociales adscriptos a esta tendencia que hayan desarrollado actividades de investigación social, en la línea del humanismo crítico, en instituciones que no sean ONGs⁵⁶.

Pero más allá de las circunstancias de fuerza externa, es probable que la investigación social adscripta a la CHC encuentre en las ONGs

54. Véase al respecto el Directorio de Instituciones Privadas de Investigación en Ciencias Sociales y Promoción del Desarrollo. DIRINS, *op. cit.*

55. La mayoría de ellos tiene una trayectoria previa, que en algunos casos perdura de manera reformulada, de militancia en partidos de izquierda.

56. Existen, claro está, excepciones. En las universidades chilenas han perdurado o se han constituido enclaves que pueden adscribirse a la CHC, tales como el colectivo de trabajo sobre bienestar psicosocial en el Decanato de Ciencias Sociales de la Universidad Católica, los trabajos de Max Cifuentes y de Pedro Morandé en el Instituto de Sociología de la misma universidad, las discontinuas actividades del Departamento de Estudios Humanísticos de la Universidad de Chile, y algo de teoría crítica que, ya desde los años anteriores al golpe militar, se cuele en materias muy aisladas de carreras humanistas en las universidades.

su correlato institucional más apropiado⁵⁷, y esto por tres razones: En primer lugar, porque se trata de una institucionalidad «blanda», vale decir, de un marco flexible y desburocratizado que *en su funcionamiento* guarda un cierto nivel de coherencia con el sesgo anti-institucionalista y anti-burocrático compartido por los pares del humanismo crítico⁵⁸. En segundo lugar, porque en muchos casos las propias agencias de financiamiento que destinan recursos a las ONGs condicionan el flujo de estos recursos a un tipo de investigación-acción estrechamente ligada a la comunidad, y sobre todo a los sectores más pobres. De este modo, en las ONGs puede producirse una «feliz coincidencia de oferta y demanda» entre las opciones de investigación del humanismo crítico, y la orientación de algunos flujos de financiamiento desde las agencias del norte. En tercer lugar, porque las ONGs han mostrado durante estos años que pueden constituir centros de marcada cohesión grupal —incluso tribal— y con una fuerte mística interna, lo cual favorece la consolidación de comunidades de investigadores todavía incipientes.

Articulación colectiva de la producción de conocimientos

No existe una articulación consagrada e institucionalizada de los conocimientos producidos por la CHC. Esto puede obedecer al escaso grado de sedimentación, vale decir, al carácter de incipiente que caracteriza a esta corriente *en tanto comunidad de productores de conocimientos sociales*. Pero también puede explicarse, al menos hipotéticamente, como el correlato, en el plano de la organización, del valor que *en el contenido* se le asigna al pluralismo, a las singularidades y a las resistencias. En otras palabras, la falta de un modo instituido en la agregación de conocimientos producidos por la comunidad de investigadores puede corresponder al desinterés, e incluso a la resistencia, frente a la posibilidad de formar «cuerpos de conocimientos», nuevas

57. Aunque en sociedades industriales la CHC nació, creció y se legitimó en las universidades y tuvo un importante efecto movilizador entre los estudiantes, que en ocasiones se extendió hacia otros sectores sociales.

58. Si bien el grado de institucionalización de las ONGs es variable, pero pareciera que la tendencia de los humanistas críticos es nuclearse en las menos formalizadas; por otro lado es un arma de doble filo, porque también refuerza la precariedad e incluso la arbitrariedad de los criterios que pueden llegar a imponerse en algunas de estas organizaciones.

disciplinas constituidas o un «curriculum» humanista-crítico. Estas formaciones podrían, explícita o implícitamente, ser vistas por miembros de la propia comunidad como concesiones excesivas a los modos «dominantes» de producción de conocimientos.

Pero la falta de un modo consagrado de agregación de saberes en la CHC no implica que no existan modos parciales y fragmentarios de agregación. De estos modos, los siguientes no agotan el espectro ni son privativos de la CHC, pero permiten ilustrar algunos de los mecanismos en curso:

- La producción de *readers* o antologías en las que habitualmente participan varias organizaciones no gubernamentales, y donde se relata un conjunto de experiencias de investigación-acción o investigación participativa realizadas por distintas ONGs en distintos ámbitos de la sociedad⁵⁹; o donde se muestra un conjunto de «miradas» de autores que se desenvuelven en áreas de competencia distintas, e incluso en terrenos disciplinarios diversos, y que aportan desde perspectivas diferentes su experiencia acumulada⁶⁰.

- La ejecución de talleres, seminarios y congresos, tanto a escala nacional como latinoamericana, donde se encuentran los pares, intercambian experiencias y acumulación de conocimientos respectivos, y sistematizan la diversidad de estudios e insumos en intentos iterativos de integración de información.

- La ejecución de proyectos de investigación, financiados por agencias internacionales, que tienen por objetivo actualizar alguna de las esferas de interés del humanismo crítico: experiencias de participación comunitaria, grupos de mujeres, identidades regionales, experiencias de desarrollo local, organizaciones juveniles, aporte de las organizaciones no gubernamentales, etc.

- La ejecución de cursos o programas de capacitación, a cargo de alguna de las ONGs, donde confluyen, en un curriculum que requiere un cierto grado de articulación, profesionales de distintas competencias que tienen en común esta sensibilidad «emergente», es decir, que forman parte de la comunidad de humanistas críticos.

Queda por ver de qué modo el conjunto de elementos traídos a colación hasta ahora (utopías, valores, metodologías, formas de situarse

59. Ejemplo de ello es la publicación citada, *Del macetero al potrero*.

60. Véase el libro citado, *La fuerza del arcoiris*.

ante los actores y procesos estudiados, estrategias institucionales, modos de producción de saberes, escalas de realidad, etc.) van a configurar en la CHC *estrategias y expectativas de inserción en la sociedad*: tipos de impacto, uso y/o consumo de los conocimientos que la propia comunidad de producción de conocimientos prescribe para la sociedad; estrategias que la CHC contempla para que este impacto se haga posible, lo que incluye estrategias publicitarias, comunicativas y de difusión; y redes de interlocución y reconocimiento que utiliza, sea que estas redes existan, sea que deben ser impulsadas por iniciativa de la propia comunidad.

4. Los saberes en marcha: campos de uso del humanismo crítico

Nos interesa aquí examinar en qué medida y de qué manera las orientaciones de práctica teórica de la CHC, tal como las hemos caracterizado en los capítulos precedentes, condicionan estilos de difusión y de uso de los conocimientos generados por dicha tradición. Son los *campos de uso* de estos conocimientos los que permiten completar la mirada a la comunidad de saberes que aquí nos ocupa. Una vez que se delimitan los campos de uso prefigurados desde la propia tradición de producción teórica, dicha tradición puede visualizarse en su doble movimiento interno/externo: en relación a sus valores y contenidos, y a los usos que prefigura para sus conocimientos en el campo de la acción social.

Importa distinguir aquí entre campos *efectivos o plausibles* de uso, y aquellos campos *deseables* de uso que *desde la propia* producción de saberes son previstos, precipitados o fantaseados. Es esto último lo que aquí nos interesa poner de relieve: no tanto lo que ocurre en los hechos con la producción de saberes, como los usos *implicados* ya en la CHC, y deducidos de sus propias opciones valóricas y su propia toma de posiciones frente a la sociedad. Para efectos de distinción, de aquí en adelante llamaré usos plausibles a los campos de uso en toda su extensión (real y posible), y usos deseables a aquellos que se deducen de las propias opciones valóricas y epistemológicas de la CHC, y que son coherentes con la *voluntad y orientación* de los cambios sociales a los que se adscriben los científicos sociales de perfil humanista crítico.

El uso plausible de los saberes puede tener sentidos incluso contradictorios con dichos valores, o bien puede ser indiferente a fundamentos éticos o axiológicos. De hecho, no todo uso prefigurado por los productores del saber se funda en la movilización de valores. Algunos usos son mucho más prosaicos y tienen que ver con las estrategias de supervivencia de los propios investigadores, tales como el prestigio, el reconocimiento por parte de diversas fuentes de financiamiento o la legitimación con fines de proyección profesional.

El presente capítulo ha sido organizado sobre la base de la siguiente secuencia temática:

a. Creciente diversificación de campos y niveles de uso de los saberes producidos por las comunidades de investigación en ciencias sociales: no sólo *entre* distintas comunidades sino también en cada una de ellas.

b. Diversidad de motivaciones que, en el seno de la CHC, llevan a prefigurar distintos tipos y niveles de uso, así como posibles *intersecciones* y *bifurcaciones* entre campos plausibles y campos deseables de uso.

c. Tipo de impacto que la comunidad se propone en términos de usos deseables de sus saberes, y las *estrategias* que considera válidas y/u oportunas para optimizar ese impacto de sus saberes en la sociedad.

d. Sistemas de interlocución y reconocimiento que se desprenden desde la CHC y desde las formas de usos deseables prefiguradas por dicha comunidad.

e. El tipo de *demandas* y *expectativas de la sociedad hacia la comunidad de productores*, es decir, de qué modo la sociedad misma, o algunos de sus agentes, pretenden condicionar la oferta de saberes de la CHC.

Es necesario formular aquí dos advertencias. En primer lugar, que en esta secuencia temática no se consagra ningún punto a la *circulación* o *difusión* de los conocimientos producidos por la CHC. Esto se debe a que, tratándose de una comunidad incipiente, la difusión es ya un fin en sí mismo. Resulta difícil, por ende, separar un supuesto campo de circulación de los campos de uso. Me parece, por el contrario, más apropiado considerar aspectos de difusión *al interior* de algunos de los puntos recién señalados, tales como los impactos buscados, las estrategias utilizadas, y los interlocutores y reconocimientos prefigurados. De esta manera puede verse que, tal como existen múltiples formas y campos de uso, existen múltiples estrategias comunicativas y de difusión de conocimientos.

En segundo lugar, me parece necesario advertir que el desarrollo de los puntos en este capítulo tiene un alto componente especulativo, donde me confío, no sin riesgo de arbitrariedad, a mi propia percepción. No he recurrido al apoyo de literatura o de encuestas relativas al caso⁶¹. Acudo, por el contrario, a mi propia experiencia profesional y a mi visión de la investigación social⁶².

La proliferación de usos

La complejización de la vida institucional de las ciencias sociales en América Latina en las últimas dos décadas, así como la proliferación de enfoques, metodologías y temáticas, también se refleja en la inserción de las ciencias sociales en las sociedades nacionales⁶³. En este sentido, es notoria la progresiva diversificación de públicos, tipos de actividad

61. Hasta donde yo sé, el material recogido en este tema es escaso y no permite desarrollar este capítulo sobre la base de ese expediente.

62. Al respecto, mi propia actividad en investigación social tiene evidentes confluencias con la CHC, y he desarrollado buena parte de mi trabajo profesional en perspectivas y temas afines a los discursos y valores del humanismo crítico. Esto es un arma de doble filo, pues me permite confiar en mi percepción «compenetrada», pero a la vez establece un sesgo analítico del cual el lector debe quedar advertido.

63. Según una extensa investigación recientemente realizada por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales —CLACSO— «la diversificación parece ser la tónica dominante en el mundo institucional de las ciencias sociales en la región, que resulta hoy mucho más complejo que hace veinte o treinta años... la vida institucional de las ciencias sociales se ha diversificado en cuanto a modelos institucionales, actividades, orientaciones, temáticas y enfoques teóricos y metodológicos.» (Fernando Calderón y Patricia Provoste, *La construcción institucional de las ciencias sociales en América Latina*, op. cit., p. 66). La diversificación es ante todo producto del crecimiento, sobre todo de la cantidad de egresados, que en la región pasan de alrededor de 6.400 a comienzos de los años 60, a 59.000 a mediados de los 70, mientras se expanden los programas de pregrado y postgrado, y el número de centros de investigación (Calderón y Provoste, op. cit., p. 67, tomado de J. J. Brunner y A. Barros, *Inquisición, mercado y filantropía. Ciencias sociales y autoritarismo en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay*, FLACSO, Chile, 1987). En relación a los campos de uso, que «abarcan simultáneamente la microorganización de la vida cotidiana, la producción y reproducción organizada de la sociedad y las instancias que surgen del entrecruzamiento entre el mundo de la vida cotidiana y la producción organizada, se corresponden con la variedad y complejidad de la propia producción de conocimientos provistos por las ciencias sociales.» (José Joaquín Brunner, «La investigación social positiva y la utilización del conocimiento», Santiago, *Documento de trabajo*, p. 154).

y resultados de la actividad de investigación⁶⁴. Esta diversificación ha tenido como correlato la proliferación de redes de circulación y de uso de conocimientos: redes formales o informales cuya unidad puede ser temática, disciplinaria, geográfica o subregional⁶⁵.

Esta situación es también evidente en el caso de Chile. La ampliación de los campos de uso se observa en la variedad de públicos que utilizan o demandan servicios de conocimiento provenientes de las ciencias sociales. Estos públicos incluyen al Estado, al sistema político en su conjunto, a empresarios, a sindicatos, a medios de comunicación de masas, a grupos de mujeres, a centros de promoción social, a entidades de capacitación, a municipios, a las propias organizaciones no gubernamentales, a agencias de publicidad, y tantos otros⁶⁶.

Por cierto, la especial situación política del país bajo la égida del gobierno militar ha privado considerablemente a las ciencias sociales de su tradicional y más importante cliente, a saber, el Estado. El hecho de que la gran mayoría de científicos sociales tuvieran filiaciones políticas

64. Según cuestionarios utilizados en la investigación de CLACSO mencionada en la nota anterior, y que cubre el conjunto de la región, esta diversificación se expresa del siguiente modo: «1. Diferentes tipos de público a los que se dirigen los resultados de la investigación: académico, el 88% de los centros; organismos estatales, el 64%; organismos populares, el 47%. 2. Participación de investigadores del centro en las siguientes actividades dirigidas a la opinión pública: en foros públicos, 89% de los centros; en programas de T. V. o radio, el 67%; en la prensa escrita, el 81%. 3. Diferentes tipos de usuarios de estudios cortos, asesoramientos, consultorías o evaluaciones: organismos de Estado, el 52% de los centros; organismos internacionales, el 49%; organismos no gubernamentales ni políticos, el 51%; partidos políticos, el 12,4%.» (Calderón y Provoste, *op. cit.*, p. 71).

65. Ver Calderón y Provoste, *op. cit.*, p. 68.

66. Una posible clasificación de usuarios es la que establece J. J. Brunner, en la cual los circuitos de usuarios se ubican en los siguientes campos: a) Campo político (gobierno, organismos centrales como ministerios y oficinas de planificación y estudio, departamentos descentralizados del Estado, partidos con sus niveles superiores y equipos técnicos, intermedios y de base; Fuerzas Armadas; y círculos políticos internacionales); b) Campo cultural (medios de difusión masivos, industria editorial, iglesias, sistema educacional, movimientos y organizaciones culturales, medios educativos y de difusión internacionales, etc.); c) Campo intelectual (incluyendo otros productores del mismo subcampo de la investigación social y de otros subcampos del campo intelectual a nivel nacional; y circuitos de campo intelectual en el ámbito internacional); d) Campo social (organizaciones comunitarias y sociales, movimientos sociales en sus instancias de dirección, asociaciones civiles tales como colegios profesionales, organizaciones no gubernamentales de promoción social, etc.); e) Campo económico, que incluye empresas nacionales y extranjeras; y f) Mercados genéricos, referidos a la opinión pública en general. (J. J. Brunner, *Uso del conocimiento*, memorandum interno).

contrarias al régimen militar desde su comienzo, y dado el carácter excluyente y autoritario del régimen, cortó el lazo más importante entre la investigación social y su utilización en la sociedad. Esto explica parcialmente que a lo largo de los últimos dieciséis años los investigadores hayan tenido que explorar y explotar otros mercados y campos de uso, en la esfera privada y en segmentos de la sociedad civil. Por otro lado, coincide cronológicamente con la creciente profesionalización — y consiguiente mercantilización— de las ciencias sociales, con lo cual éstas han tenido que legitimarse a través de su inserción, mal que les pese, en mecanismos competitivos de mercado⁶⁷. Finalmente, y en el mismo contexto, se han aprovechado las ofertas provenientes de clientes privados dentro de un sistema socioeconómico anti-estatista, competitivo y mercantilizado como ha sido el chileno estos últimos años. Tales ofertas provienen de los departamentos de personal de las empresas, los grandes medios de comunicación de masas, las agencias de publicidad, circuitos internacionales de cooperación para el desarrollo, etc.

Por último, la redemocratización del país plantea a los científicos sociales un desafío cuya resolución está poblada de incertidumbres, a saber, la re-apropiación de los conocimientos producidos en el campo de la investigación social en Chile para su uso público estatal. Por cierto, en alguna medida estos usos han existido en ámbitos ministeriales, municipales y de empresas públicas durante los últimos años. Pero se han restringido a enfoques ideológicos muy marcados, con escaso criterio meritocrático y con un claro sesgo tecnocrático de aplicación, por lo cual el grueso de los científicos sociales no ha tenido ingerencia significativa en ese campo. Por ello, no deja de producir expectativas el advenimiento de un régimen democrático, en el cual podrán existir las condiciones para un uso estatal de conocimientos sociales que no sea ideológicamente excluyente ni de perfil exclusivamente tecnocrático. De este modo, probablemente las distintas líneas de investigación

67. «En relación con los contenidos de la diversificación institucional... (parece existir)... un proceso de redefinición de la práctica profesional, hecho que se relaciona en parte con la incorporación de la actividad científico-social a un sistema de mercado, pero que también estaría denotando un proceso de redefinición de la inserción social de los centros, asociado a la construcción de una legitimación social, cuya dirección y modalidades seguramente son asociables a la estabilidad de las instituciones.» (Calderón y Provoste, *op. cit.*, p. 78).

social, con sus variados discursos, enfoques, y objetos de preferencia, se plantean en estos momentos cuáles son los usos plausibles y/o deseables que el Estado democrático podrá hacer de su oferta de actividades y productos: en el campo de lo político, de la formulación de políticas, de la cultura, de las comunicaciones, de la planificación del desarrollo, de los objetivos estratégicos, de la construcción de consensos, de la movilización de amplios sectores sociales, etc.

Pero nada indica tampoco que la futura permeabilidad del Estado a distintos usos de la investigación social produzca una correlativa involución de otros campos de uso que se han consolidado con el correr de los últimos diez o quince años. Tales campos tienen que ver tanto con la profesionalización de las ciencias sociales y su consiguiente inserción en un régimen competitivo-mercantil de saberes y técnicas; como con la apropiación más directa, por parte de la sociedad civil y de sus actores, de los aportes emanados de las ciencias sociales⁶⁸.

No es fácil, en este marco de diversificación de usos y en la perspectiva de apertura del Estado como potencial «macro-cliente» de las ciencias sociales, clasificar distintas comunidades de productores en ciencias sociales según clientes prefigurados, o según apunten a redes estatales, redes privadas-empresariales, o redes de actores sociales en general. Pareciera que un criterio que subyace a las distintas tradiciones vigentes en la investigación social es su propia diversificación en prefiguración de usos y en clientes potenciales. Sea por estrategias de legitimación social o de supervivencia económica, sea por mística profesional o por la posibilidad de incidir en decisiones que determinan cursos de la sociedad, el cientista social en Chile no parece ser demasiado selectivo en los usos posibles, e incluso deseables, para sus conoci-

68. Aunque la profesionalización de las ciencias sociales también responde, entre otras cosas, a demandas que le plantea la política profesionalizada. En el caso chileno esto se ha hecho evidente en los últimos dos años, y se refleja en: a) un verdadero «boom» de encuestas de opinión política, realizadas por centros de investigación y solicitadas por las fuerzas políticas y electorales; b) en trabajos que partidos o alianzas electorales solicitan a investigadores y centros de investigación; y c) en la conformación de equipos técnicos en las fuerzas políticas donde participan muy activamente los investigadores sociales. Por otra parte, la profesionalización de las ciencias sociales tiene relación con exigencias que debe cumplir para la obtención de su financiamiento, que en gran medida proviene de agencias internacionales, para las cuales los centros de investigación elaboran verdaderos «mercados de proyectos» que deben cumplir con ciertas condiciones estandarizadas en materia de coherencia y de rigor metodológico. (Ver Calderón y Provoste, *op. cit.*, pp. 72 a 79).

mientos. La inestabilidad del financiamiento, la larga exclusión ideológica, y la provisoriedad de sus actividades durante mucho tiempo, pueden ser los principales factores que contribuyan a este bajo grado de selectividad.

Esta actitud también puede explicarse por otros dos fenómenos. El primero es la debilidad de las redes y agrupaciones científicas en América Latina⁶⁹, lo cual lleva con frecuencia a formas dispersas, aleatorias e incluso oportunistas de inserción social por parte de distintas comunidades de investigadores. La falta de redes y agrupaciones que aseguren desde dentro de las ciencias sociales formas meritocráticas de promoción y reconocimiento, y que provean mecanismos claramente definidos de reconocimiento entre pares (cientistas sociales, sean de la misma tradición o de tradiciones diferentes), produce una suerte de *extroversión histórica* que, en última instancia, constituye una amenaza para el rigor y la legitimidad internas de la actividad en ciencias sociales. La preocupación por «estrujar» hacia afuera las actividades propias de producción de conocimientos hacen que muchos científicos sociales consagren más tiempo a la publicidad de sí mismos —y de sus productos— que a la investigación en sí. Esto podría verse conjurado por redes y circuitos científicos motivados por el mérito académico y de la investigación misma.

Un segundo fenómeno en la baja selectividad de usos y clientes puede ser la emergente *cultura de la diversificación*, esta suerte de sensibilidad postmoderna donde se valora positivamente la propia praxis como un juego de múltiples combinaciones, y donde se reconoce que la propia identidad viene dada por distintas estrategias, diversos interlocutores, variadas formas de relación social y profesional, y diferentes usos de saberes⁷⁰.

De cualquier modo, y pese a que es fácil encontrar en todas las tradiciones vigentes de investigación social en Chile la búsqueda de inserción social en todos los niveles, también es cierto que las orientaciones *internas* en cada caso prefiguran, a pesar de esa voluntad multiexpansiva o de cualquier forma de extroversión histórica, cierta direccionalidad en el uso. Esta direccionalidad puede definirse en dos

69. Dicha debilidad parece ser una de las evidencias en la investigación realizada por CLACSO y mencionada en notas anteriores (ver Calderón y Provoste, *op. cit.*, p. 75).

70. Véase, al respecto, mi trabajo «El debate postmoderno y la dimensión cultural del desarrollo», documento de ILPES, Santiago, 1988.

sentidos diferentes: *horizontalmente*, según el tipo de agentes que aparecen en el horizonte como posibles usuarios de los conocimientos producidos (el Estado, los agentes económicos privados y/o los actores sociales externos al Estado; o en un nivel más desglosado: los políticos, los *policy-makers*, la burocracia, los intelectuales, los artistas, los profesionales y técnicos, los obreros, los informales, los comunitarios, las mujeres, los jóvenes, los comunicadores, los profesores, los empresarios, etc); y *verticalmente*, según el tipo de usos que un agente cualquiera puede hacer de los saberes que se apropia (para diseñar políticas, recrearse, aplicarlo en escala pequeña o grande, contrastarlo con otros saberes, retransmitirlo, aumentar su capacidad crítica, usarlo de insumo intelectual o académico, etc).

Sin embargo, las formas verticales y horizontales de apropiación que la propia tradición, *por su contenido interno*, prefigura hacia afuera, nunca son puras ni claras. Esa extroversión de baja discriminación a la que antes hice referencia impide establecer tipologías inequívocas de uso según la tradición de investigación social que se considere. Por lo tanto, si en los puntos que siguen intento definir orientaciones de uso a partir de la *especificidad interna* de la CHC (especificidad que, tal vez arbitrariamente, he contorneado en los dos capítulos precedentes), tal delimitación debe tomarse con cautela.

La distinción previamente formulada entre usos plausibles y usos deseables puede resultar útil en este respecto, pues ayuda a discernir entre aquello que, como modo de uso, se deduce *necesariamente* de los contenidos internos de la CHC (valóricos, epistemológicos, políticos), de aquellos otros modos de uso que vienen dados por causas más aleatorias, y que tienen que ver con esa suerte de «extroversión histérica» recién mencionada, o con estrategias comunes de supervivencia y legitimación de cualquier comunidad de producción de conocimientos.

Motivaciones, usos plausibles y usos deseables en el humanismo crítico

Huelga decir que son múltiples los móviles que en las comunidades de producción teórica generan expectativas y estrategias de inserción social de los conocimientos producidos por ellas. Estos móviles incluyen, entre otros, los siguientes: la necesidad de legitimación de los científicos sociales frente a la comunidad y frente a su propia conciencia

de grupo; la articulación del saber teórico con proyectos masivos de transformación o de preservación del orden social; la búsqueda de prestigio frente a otras comunidades de producción teórica y frente a otros actores sociales; la búsqueda de un reconocimiento funcional que permita consolidar o extender las fuentes de financiamiento para una determinada comunidad de producción teórica; o la afirmación de una identidad grupal mediante el efecto de irrupción o disrupción en la sensibilidad política, ideológica y/o cultural de la sociedad.

Obviamente, las estrategias y expectativas de la propia comunidad en la difusión y en los usos posibles de su producción interna podrán variar según cuales sean, en cada momento, las motivaciones predominantes o las posibilidades reales de articular motivaciones y usos. Pero una vez más tendremos que hacer abstracción de estos desplazamientos circunstanciales y situarnos ante *algunos nudos que le otorgan especificidad a la CHC*, a saber:

a. En primer lugar, la articulación entre producción teórica y usos sociales del conocimiento en esta tradición es problemática a causa de la heterogeneidad de temas, enfoques, influencias y filiaciones doctrinarias al interior del humanismo crítico. Esta heterogeneidad en que conviven incluso sensibilidades encontradas, tensiona la prefiguración de usos deseables de los saberes que produce. ¿Cómo compatibilizar, por ejemplo, los usos deseables prefigurados por un «foucaulteano» y por un «marcuseano», por el pensamiento negativo y el desarrollo alternativo, por el privilegio de lo cultural y el del psicologista?

Esta diversidad puede tener un doble efecto: por un lado, el de *ampliación indefinida* del espectro de usos y usuarios, es decir, de la línea horizontal y de la línea vertical en campos de usos⁷¹; por otro lado, el de *dispersión indefinida* de usos y usuarios, también en la línea horizontal como vertical de los campos de usos. Del lado de la ampliación indefinida, existe la interesante posibilidad de que la variedad de usos y usuarios termine por permear la cultura y la sensibilidad de toda una sociedad lo cual, en cierto modo, sería un efecto envidiable para

71. Un foucaulteano jamás prefiguraría al Estado como usuario de sus saberes, pero sí podría hacerlo un ecologista o un economista orientado a estrategias de satisfacción de necesidades básicas.

cualquier otra tradición de la investigación social⁷². Del lado de la dispersión indefinida, se corre el riesgo de que los usos sean siempre precarios o esporádicos, los usuarios efímeros y discontinuos, y de que a la larga no haya más que un permanente «recomenzar» o meras declaraciones sobre la importancia de «eventuales usos» de los saberes generados por el humanismo crítico.

b. En segundo lugar, para aquellas zonas del pensamiento crítico más ligadas al pensamiento negativo de la Escuela de Frankfurt, los usos del conocimiento están problematizados *a priori*. Más aún, la crítica de la alienación *se extiende* a la alienación implicada en la distribución y el consumo de bienes culturales, incluidos, claro está, los discursos y saberes producidos en las ciencias sociales; y si todo termina neutralizado, apropiado, «cosificado» o «fetichizado» por el consumo, la mercantilización o la ideología, entonces la producción crítica buscará, en su propio seno, un mecanismo de resistencia a estos usos fetichizantes de su propia producción —un anti-virus—. No es casualidad, en este sentido, el hermetismo de lenguaje en los textos más representativos del pensamiento negativo⁷³.

Ese hermetismo, como también sus dificultades para construir un discurso propositivo, pueden conducir a esta línea de producción teórica a circular autoconsumiéndose en públicos muy restringidos, y sin otro uso que recorrer la crítica teórica una y otra vez, en una suerte de ritual en que la «resistencia cultural» comulga en sus espacios de negación de discursos instituidos⁷⁴. De este modo, el componente crítico o negativo

72. Este es el modelo iluminista o *enlightenment model* propuesto por C. Weiss, cuyo supuesto es que «las generalizaciones y orientaciones producidas por la investigación social circulan entre los públicos informados llegando a moldear la manera en que la gente piensa sobre los problemas sociales.» (J. J. Brunner, «La investigación social positiva y la utilización del conocimiento», op. cit., p. 167). Sin embargo, Weiss se refiere sobre todo al impacto en la arena política y en la toma de decisiones, y no tanto al impacto de penetración en la cultura.

73. Hermetismo que también es compartido por los filósofos «anti-sujeto» como Gilles Deleuze y Jacques Derrida. También Michel Foucault comparte esta visión del poder que absorbe y produce discursos para el despliegue de su dominio (aunque esto no lo lleva a Foucault a producir un discurso hermético). Curiosamente, en esto confluyen los críticos del sujeto y anti-humanistas, con hiper-humanistas como T. A. Adorno. Unos y otros comparten la idea de resistencia aplicada al campo propio de saberes y, con ello, a la restricción de sus usos posibles.

74. En relación al llamado pensamiento negativo de la Escuela de Frankfurt, cabe señalar que el mismo encontró sus campos predilectos de circulación en las universidades de los países industrializados (sobre todo Alemania y Estados Unidos), en circuitos

de la tradición que aquí nos ocupa pondría, en principio, obstáculos de coherencia ética para proyectar el conocimiento en múltiples campos de uso. La opción —¿radical o residual?— sería entonces la de un uso «cualitativo» del saber, en contraste con el consumo de masas y el consumo mercantil, y tendría por meta-función evitar que la sociedad alienada se cierre sobre su propia autocomplacencia⁷⁵.

Sin embargo, la dimensión crítica también puede prefigurar una cierta *heterogeneidad horizontal con homogeneidad vertical*. Ello consiste en la búsqueda de un *impacto disruptivo común* sobre una amplia gama de posibles receptores: políticos, académicos tradicionales, tecnócratas, promotores de la cultura, intelectuales de clase media, ideólogos de partidos y diversos círculos de profesiones liberales. Aquí ya no se trata del ritual de la lectura entre cómplices para la ratificación de una visión crítica previamente asumida; por el contrario, se trata de una lectura por usuarios muy variados, y cuyo objetivo prefigurado es promover el cuestionamiento en la conciencia de aquéllos: ofuscar, indignar, confundir y, en último término, iluminar⁷⁶.

c. En tercer lugar, existe una dificultad general para que la producción teórica atribuible a la CHC se inserte en canales de distribución de alcance masivo. Esto puede explicarse porque dicha producción nunca se ha anexado a modelos políticos en curso ni a proyectos mayoritarios en la oferta política nacional. Piénsese, en contraste con el

de intelectuales ilustrados, y llegó a los países de habla hispana a través de editoriales costosas, por lo cual se difundió en la región entre intelectuales ilustrados de sectores medio-altos y altos. De modo que su consumo ha sido más intensivo y extensivo en Europa Occidental y en América del Norte que en América Latina, sobre todo en los años 60 y comienzos de los años 70, que son los de mayor auge de la literatura de la teoría crítica. Es en países industrializados donde los procesos políticos, de movimientos y movilizaciones sociales, y de cuestionamiento masivo del *statu quo*, pudieron encontrar un respaldo teórico oportuno en algunas vertientes del pensamiento crítico. Sin embargo, esta empatía fue efímera, dado que el pensamiento negativo evidenció, en su momento de mayor apogeo, su intrínseca dificultad para formular propuestas. En América Latina, en la misma época, y por el propio estadio de desarrollo que la caracteriza, los modelos teóricos más susceptibles de convertirse en plataforma de movilizaciones sociales y luchas políticas provenían de un marxismo menos heterodoxo y de un desarrollismo que poco tenía que ver con los postulados y la sensibilidad «frankfurteana».

75. Lo cual es un sofisma, porque la propia literatura del pensamiento negativo requiere de un lector ya crítico para poder apropiarse de ella sin «prejuicios cosificantes».

76. De este modo el pensamiento crítico deja traslucir la vocación iluminista que lo anima, muchas veces a pesar suyo.

humanismo crítico, en la fuerte presencia del socialismo marxista como forma de pensar el cambio social en los años 60 y 70, y desde el cual el humanismo crítico podía parecer una tergiversación pequeño-burguesa o una ideología individualista «enmascarada»; piénsese también cuán ajeno es el humanismo crítico a la corriente desarrollista, tan ascendente en los años 50 y 60 en América Latina; piénsese en lo todavía más ajeno que es a modelos industrializadores imitativos y al pensamiento neoliberal ascendente de los 70 y los 80⁷⁷.

Esta falta de presencia en la oferta política bloquea considerablemente las opciones de difusión y de uso de los saberes producidos al interior del humanismo crítico. Con ello, la CHC enfrenta un círculo vicioso que consiste en la necesidad de una difusión amplia y un uso intensivo para abrirse espacios en el campo político y, por otro lado, en la necesidad de contar con dichos espacios para que tales difusión y uso sean posibles. Por último, estas restricciones no sólo afectan o limitan el uso político y los usuarios políticos (tanto *political-oriented* como *policy-oriented*); esa misma falta de presencia en la arena política constituye a su vez un limitante para captar a otros usuarios que, si bien no son políticos, toman la presencia política de un discurso como indicador de valor. Por algo es tan improbable que una publicación de la tradición crítica en Chile se convierta en éxito editorial u obtenga una presencia pública significativa.

d. En cuarto lugar, no debe olvidarse que en general los aspectos más positivos, y que se encuentran dispersos a lo ancho de la tradición humanista crítica, tienen una limitación de escala. Se privilegia lo local, el desarrollo personal y grupal, el territorio acotado —sea como lugar de resistencia o de crecimiento—. En buena medida, y salvo algunas excepciones, esto contribuye a que la circulación y el consumo de dicha producción sea consistente con las escalas que esa misma producción privilegia⁷⁸. Sin embargo, la prescripción de la acción en

77. Aunque hay intentos de apropiación y cooptación de algunas temáticas del humanismo crítico por parte del neoliberalismo. Tal es el caso de asociacionismo de los informales, exaltado por Hernando de Soto con el objeto de oponer el mercado al Estado (Hernando de Soto, *El otro sendero*, Bogotá, Editorial Oveja Negra, 1987); y más aún, el intento del neoliberalismo de apropiarse de la bandera del anarquismo mediante una versión muy particular conocida como anarco-capitalismo, y difundida nada menos que por el hijo de Milton Friedman.

78. Como es el caso del libro de E. F. Schumacher, *Small is Beautiful*, Nueva York, Harper and Row Publishers, 1975.

pequeña escala va acompañada de la prescripción del pensamiento en gran escala («obrar localmente y pensar globalmente» es una de las máximas del humanismo crítico), con lo cual la difusión «coherente» varía según se privilegien las escalas de intervención o de especulación.

Pero resulta difícil en este aspecto discernir si las limitaciones se refieren a usos plausibles o a usos deseables. Puede ocurrir, por ejemplo, que las limitaciones exógenas a los campos de uso plausible pueden llevar a la CHC a exacerbar una prefiguración restrictiva de los campos de uso deseable, vale decir, a incurrir en un purismo que acaba alimentándose a sí mismo: si no me leen, haré de ello una causa. Pero también puede ocurrir lo contrario: dadas las escasas opciones de usos deseables y la discontinuidad de la difusión, vale la pena ser menos riguroso en la definición de campos de uso.

Los rasgos recién advertidos en la CHC pueden sugerir que en ella es marcado el peso de los usos deseables frente a los usos plausibles. En otras palabras, podría existir al interior de dicha comunidad una exigencia de consistencia ética o una opción de escalas que orienta las motivaciones de difusión y las prefiguraciones de uso en direcciones restringidas⁷⁹.

La relación entre motivaciones y campos de uso deseable en la tradición del humanismo crítico puede hacerse más palpable al contrastarse con otras dos tradiciones gravitantes en las ciencias sociales en Chile, como son la tradición positiva-funcionalista y la marxista⁸⁰. Este contraste puede ilustrarse, esquemáticamente, del siguiente modo:

Marxismo

Motivación fundamental: comprensión y transformación en gran escala (y «estructural»).

Problema y pasión: los intereses.

Visión de la política: como campo de lucha.

Difusión preferente: militante, ámbito político y ámbito obrero. Campo de uso deseable: socialización, educación (de la clase, del partido) y movilización (de masas).

79. Esto, claro está, poniendo entre paréntesis aquel criterio ya señalado, que subyace y trasciende a toda filiación paradigmática, según el cual la diversificación de los campos de uso es un *bien en sí mismo*.

80. Como ya se señaló, tanto la tradición positiva-funcionalista como la marxista han sido consideradas en trabajos análogos a éste, por J. J. Brunner y Tomás Moulian respectivamente y que aparecen formando parte de este libro.

Funcionalismo

Motivación fundamental: la optimización-modernización-integración.

Problema y pasión: eficiencias y agregaciones.

Visión de la política: como ingeniería social, campo de ordenamiento.

Difusión preferente: superestructural (*decision-makers, policy-makers, tecnócratas, etc.*).

Campo de uso deseable: técnico, constructivista, de formulación y efectivización de políticas.

Humanismo crítico

Motivación fundamental: comprensión en gran escala y cambio en pequeña escala.

Problema y pasión: las racionalidades.

Visión de la política: como campo de dominación/alienación.

Difusión preferida: molecular, intersticial, «cualitativa».

Campo de uso deseable: iluminista-crítico, de creación/emancipación de sujetos y prácticas.

A diferencia de la comunidad marxista o la funcionalista, la CHC manifiesta una recurrente resistencia, al menos en el discurso explícito, a producir conocimientos destinados al uso por el Estado o para el control del Estado, o para la política entendida como campo de acción restringido a la articulación entre la sociedad, los partidos políticos y el Estado. Existe, más bien, una visión maniquea tanto del Estado como de la política en su acepción convencional, lo cual restringe el campo de uso deseable previsto desde la propia CHC⁸¹. A diferencia del funcionalismo, en el cual la política puede ser entendida como un campo de ordenamiento, y del marxismo, en el que la política es pensada como campo de lucha, en el humanismo crítico la política tiende a ser «sensibilizada» como un campo de dominación y alienación, sea cual sea el lugar que el sujeto ocupe en ese campo de ordenamiento y/o lucha⁸².

81. Aunque también puede darse una circularidad causal o una relación causal inversa: la escasa resonancia política y pública produce internamente este maniqueísmo respecto de la dimensión política-pública.

82. Hay que considerar también que actualmente los límites de lo político no son claros ni en la teoría ni en la práctica, pues son difusas las fronteras entre lo político, lo institucional y lo cultural. La pregunta por el alcance de lo político es importante no sólo

He señalado que el uso privilegiado del humanismo crítico va en el sentido de expandir la conciencia crítica y de promover la creación-autocreación de sujetos y prácticas alternativas⁸³. He advertido también que la difusión preferente es a escala molecular e intersticial, vale decir, destinada precisamente a aquellos sujetos cuya auto-creación o auto-liberación es buscada —y supuestamente promovida— por la CHC, y a otros sujetos afines que pueden ayudar a dicha auto-creación o auto-liberación. Los métodos de investigación-acción o investigación participativa, tan reivindicados por el humanismo crítico, apuntan en esa dirección: el conocimiento producido va a parar precisamente al objeto de estudio, a los actores en proceso de constitución, tanto investigadores-promotores como sujetos-beneficiarios; y el proceso producción-uso es instantáneo, pues no media una difusión micro-macro sino una connivencia micro-micro.

Esto no impide, claro está, que el campo de usos deseables se extienda a todos aquellos receptores a quienes el consumo de los conocimientos de la CHC les permita una mayor comprensión y autocomprensión, tanto en el rigor de la crítica como en la voluntad de la emancipación. Y puesto que la emancipación puede tomarse en un sentido social, en un sentido cultural, o incluso en un sentido puramente psicológico e individual, esto hace posible que el campo de usos deseables sea extendible a una amplia gama de receptores potenciales y de formas de uso.

La extensión de los campos de la crítica, así como la multiplicidad de aspectos de la emancipación, permite ampliar y flexibilizar la gama de usos deseables y de usuarios deseables (gama que, como se vio previamente, de lo contrario estaría muy restringida por el imperativo

como objeto de reflexión, sino también para el uso que el investigador le prefigura a los productos de su propia investigación. A modo de ejemplo, puede sostenerse que un teórico de la alienación contaría con escaso eco en los usos estatales de la investigación social; pero si la subjetividad ciudadana o la expansión de conciencia crítica son definidas como espacios políticos, entonces los usos del producto de ese mismo teórico de la alienación serían definidos como usos políticos.

83. Uso iluminista, al fin y al cabo, aunque más no sea para desenmascarar la voluntad de dominio del proyecto iluminista. También, una vez más, la eterna contradicción que implica «promover la auto-creación en otros», ese peligro de hacer entrar por la ventana el autoritarismo o el dirigismo que se ha querido expulsar por la puerta. Este peligro también puede ser conjurado con una precaución extrema, sumamente individualista, cual es: la no-intervención radical, el no-uso del conocimiento como principio ético y el solipsismo como antídoto.

de consistencia ética propio del pensamiento crítico). Con ello, el corte horizontal de usos plausibles tiende a coincidir con el de usos deseables: todos los actores son susceptibles de aumentar su capacidad crítica o de despertar su voluntad de emancipación, y por ende no hay usuario vetado de antemano. Sin embargo, el corte vertical en los usos no deja de ser problemático; aquí, sin duda, ciertos usos plausibles pueden ser totalmente contradictorios con los usos deseables prefigurados desde la propia CHC. Empezando, claro está, por el uso manipulador del conocimiento.

Impactos y estrategias

El tipo de impacto social que una comunidad de productores prefigura para los conocimientos que produce no es homogéneo. Cabe distinguir, ante todo, los impactos individuales de los impactos que una tradición busca generar en la sociedad *en tanto cuerpo colectivo*. Es esto último de lo que interesa en la perspectiva de este trabajo.

El impacto social prefigurado por la CHC es deducible del cúmulo de elementos ya expuestos en las páginas precedentes, y puede desglosarse, al menos con fines de ordenamiento, del siguiente modo:

a. En primer lugar, y como ya se ha advertido, el humanismo crítico busca promover la auto-creación y auto-emancipación expansiva de actores sociales a los que les atribuye el patrimonio de una racionalidad anti-dominante (no manipuladora, pro-solidaria, humana, ecológica, etc.), y busca rescatar y reivindicar las prácticas coherentes con dicha racionalidad. Ejemplo claro de ello es el vasto número de publicaciones, foros, seminarios y cursos en torno a los grupos de base o las llamadas organizaciones económicas populares, así como la tendencia a mostrar, a partir de dichos actores, el embrión de racionalidades alternativas⁸⁴.

b. En segundo lugar, la CHC busca *abrir la sensibilidad* de la gente, sea cual sea su ubicación social. En otras palabras, intenta predisponer a las personas a cambios en sus visiones de mundo, en sus

84. Estas publicaciones y actividades corren por cuenta de organizaciones no gubernamentales, tanto de investigación como de promoción, tales como PET, CENECA, CEPUR, ECO, CIPMA, TIDEH, y otras mencionadas en notas anteriores, dedicadas a la promoción del desarrollo en escala comunitaria o local.

referentes de normatividad, en suma, en su orden simbólico. De cierto modo esta prefiguración retoma el concepto marxista de falsa conciencia, entendida como el relato fatalista en el que el *statu quo* es visto y sentido como necesario o como inmodificable; lo que el humanismo crítico buscaría, pues, es remecer el letargo de la falsa conciencia colectiva y alentar un relato de mundo en el que el metabolismo societal sea concebido como un orden abierto, disponible a la invención y creatividad colectivas⁸⁵.

c. En tercer lugar, el humanismo crítico busca, como ya se ha señalado reiteradamente, promover el desenmascaramiento progresivo y generalizado de todos aquellos discursos y prácticas que ocultan y alientan la voluntad de dominio de unos sobre otros y de todos sobre la naturaleza. Agudizar la mirada de la sociedad consigo misma para convertirla en auscultadora de síntomas: ese es otro de los impactos sociales que el humanismo crítico prefigura para sus propios conocimientos.

d. En cuarto lugar, se pretende aportar con herramientas que los usuarios puedan usar para su propio crecimiento personal y/o grupal⁸⁶, sobre todo en el campo de la psicología humanista; la idea es que a la larga dichos usos puedan surtir un efecto multiplicador, y así generar verdaderos movimientos colectivos de «resocialización emancipadora».

e. En quinto lugar, existe una suerte de *impacto silencioso* prefigurado en la tradición humanista crítica, estrechamente vinculado a la tónica implícita en la investigación-acción y la investigación participativa;

85. Esta imagen del orden societal como un orden abierto, o un orden por construir, aparece en autores tan dispares como Norbert Lechner («La democratización en el contexto de una cultura postmoderna», en *Cultura política y democratización*, Santiago, FLACSO/CLACSO/ICI, 1987; y *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, Santiago, Ediciones AinaVillo-FLACSO, 1984) y Luis Weinstein «La racionalidad integradora y el desarrollo alternativo», Santiago, CEPUR, *Documento de trabajo*, 1985).

86. En este campo lo referentes externos principales son las contribuciones de Fritz Perls, Carl Rogers y Ronald Laing, entre otros. En Chile, la difusión masiva de estas herramientas ha corrido por cuenta de la Editorial Cuatro Vientos, que ha publicado y promovido activamente, al menos durante los últimos diez años, una amplia gama de literatura sobre crecimiento personal, dinámica de grupos y desarrollo espiritual. También apuntan en esta dirección los trabajos grupales realizados por Fernando Flores y sus discípulos, que tanto seducen a muchos intelectuales y profesionales chilenos; y las actividades del colectivo La Comunidad, grupo en el que se origina el actual Partido Humanista.

dicho impacto consistiría en *poblar el tejido social de resistencia molecular*: pequeños espacios o territorios «ganados al poder o a la racionalidad dominante», en los que priman la transparencia comunicativa, el comunitarismo, la negación de una normatividad dominante pero no deseada, y/o formas menos institucionalizadas de relación interpersonal.

f. Por último, y complementando el punto anterior, el humanismo crítico busca producir un cuestionamiento público de ciertas instituciones prevalecientes, sobre todo en el campo de la educación, la salud, la organización del trabajo y la justicia, denunciando sus procedimientos y estructuras autoritarias, rígidas, manipuladoras, etnocéntricas, etc. Este cuestionamiento va acompañado de propuestas alternativas —de educación popular, atención primaria en salud, salud popular, participación laboral, reforma del sistema penal, etc.— sistematizadas por la propia literatura de la CHC.

Puede verse, en consecuencia, que el impacto que la tradición humanista crítica prefigura para su propia producción de saberes revela una evidente vocación iluminista: se trata, en suma, de educar para promover la auto-emancipación, tanto individual como de los pueblos, en todos los niveles y en todos los espacios. El impacto, aunque se manifieste en hechos tales como movilización de grupos, creación de movimientos o impugnación de un orden simbólico, es fundamentalmente formativo. En esto, la vertiente iluminista también reaparece: la transmisión de conocimientos cristaliza en nuevas formas de sociabilidad, liberadas de las trabas de prejuicios y de múltiples formas arbitrarias de autoridad. Tanto la iluminación crítica como la emancipación molecular aparecen como efectos ideales de un previo aprendizaje en el cual la materia prima la constituyen los conocimientos aportados por la propia tradición crítica.

Por cierto, estos impactos se refieren al campo de usos deseables, vale decir, aquellos modos de uso que guardan coherencia con la utopía, los valores, las opciones epistemológicas y la voluntad de cambio inscritos en la tradición que aquí nos ocupa. Existen, claro está, otros impactos prefigurados por la comunidad de productores y que tienen que ver con modos de uso que son propios de toda comunidad de científicos sociales. Estos impactos pueden relacionarse con el aumento de prestigio social de la comunidad o con la obtención de un reconocimiento funcional que redunde en mayores recursos, en acceso a los medios masivos de comunicación, en facilidades de difusión, etc. Sin

embargo, puesto que aquí interesa sobre todo delimitar lo *específico* de una tradición de investigación social —aquello que la diferencia de otras tradiciones—, parece poco pertinente analizar tipos de impacto que no guardan relación particular con la CHC ni con su articulación interna.

En relación a las estrategias que la comunidad utiliza —consciente o inconscientemente, implícita o explícitamente— para facilitar los impactos sociales buscados, estas pueden ser muy diversas y no necesariamente excluyentes: estrategias de seducción de públicos cautivos, de persuasión de públicos indefinidos, de utilización de demandas emergentes del consumo cultural, de apropiación táctica de lenguajes en uso o modas intelectuales, e incluso de construcción o simulación de imágenes tales como el intelectual serio, el brillante, el lúcido, el experto, el intuitivo, el estadista, el imaginativo, etc. Puesto que las estrategias constituyen medios, y por lo tanto se rigen en gran medida por cálculos de beneficio y por la racionalidad formal, resulta difícil diferenciar estrategias según su filiación con una u otra tradición de cientistas sociales. En general, son recursos de publicidad, de psicología de masas y de marketing cuyo aprovechamiento permite potenciar los niveles de uso y la diversidad de usuarios de los saberes producidos por una tradición cualquiera⁸⁷.

No obstante, las estrategias de seducción, persuasión, apropiación de simbologías en uso, aprovechamiento de demandas de consumo cultural, o construcción de auto-imágenes por parte del cientista social, varían en recursos específicos según la tradición que los explote. En el caso de la emergente CHC, algunas de estas estrategias son construidas en base a los siguientes recursos:

- La espontaneidad y/o vitalidad proyectada por los propios cientistas sociales de la CHC, que se comunican con sus posibles públicos de un modo deliberadamente des-profesionalizante. Esto es coherente con el mensaje que se desea transmitir, de carácter anti-

87. Y si se consideran como parte de las estrategias los medios de difusión utilizados por las diferentes tradiciones, es todavía más difícil establecer diferencias de opciones entre distintas tradiciones. En principio, todos los medios de difusión resultan válidos para la difusión del conocimiento, sea cual sea la tradición en cuestión: medios de comunicación de masas, eventos públicos o restringidos, publicaciones, redes informatizadas o tradicionales, etc. En este caso, las diferencias son más de acceso y de magnitud, o de mejor o peor aprovechamiento, pero difícilmente de opciones sustantivas.

institucional y en pro de la participación a todo nivel, y con la idea de la comunicación por «contagio» (en el buen sentido de la palabra). La comunicación directa, espontánea, «de igual a igual» entre usuarios y productores del conocimiento, es al mismo tiempo una estrategia de seducción y una consecuencia natural de las opciones propias de la CHC. Por otra parte, recoge una demanda sociocultural expansiva, de vitalidad y espontaneidad, que viene dada por el «desencanto postmoderno»⁸⁸, la influencia de la publicidad, el «éxtasis de la comunicación»⁸⁹, la pérdida de espontaneidad generada por la mayor profesionalización de los campos de saber, etc.

• El uso del «apelal de lo contestatario», sobre todo cuando se trata de públicos cautivos que pueden sentirse atraídos por un discurso de confrontación con el sistema, tales como jóvenes, minorías étnicas, mujeres, sectores marginales, etc. Adoptar, sobre todo en el debate y la confrontación con otras tradiciones, la posición de la periferia, de lo contrahegemónico, de la resistencia o de la ruptura, puede generar un impacto positivo; más aún en condiciones de crisis de propuestas, como las que se viven en la actualidad. Por cierto, la CHC tiene contenidos contestatarios, y es, de todas las tradiciones vigentes de la investigación social en Chile, aquella con mayores elementos de impugnación a los órdenes vigentes. Esto también la dispone a poder utilizar su propia riqueza crítica con fines estratégicos o de difusión. No se trata necesariamente de un uso histórico de sus propios valores, sino de una *exteriorización estratégica* de sus funciones de impugnación. Por último, también en este caso existe una demanda sociocultural de discursos de resistencia, sobre todo desde la mentada crisis del marxismo y del socialismo «histórico», modelos que, hasta la década pasada constituyeran el «lugar natural» de impugnación del orden.

• La figura del intelectual «arremangado» (o descalzo, o desafeitado, o ripioso), connotando una nueva versión, post-obrerista y post-revolucionaria, del intelectual junto al pueblo. Dada la crisis del marxismo y de los partidos obreristas y/o comunistas, queda vacío en el imaginario social el lugar del intelectual consagrado a la lucha por la justicia social

88. Ver de Norbert Lechner, «El desencanto postmoderno», en *Imágenes desconocidas*, Buenos Aires, CLACSO, 1989.

89. Ver de Jean Baudrillard, «El éxtasis de la comunicación», en *La postmodernidad*, Barcelona, trad. de Joaquín Jordá, Editorial Anagrama, 1985.

y en defensa de los pobres. Ese lugar vacío es, en cierto modo, utilizable desde el discurso de la investigación participativa, del basismo y de la iglesia de los pobres. El cientista social «hermanado a la base», que va y vuelve de la oficina a la barriada o de la biblioteca a las cooperativas campesinas, se convierte, de manera subrepticia, en el relevo del intelectual obrerista.

Por cierto, en este caso también hay coincidencia con los contenidos mismos de la CHC. No hay contradicción con las opciones valóricas y políticas internas (comunitarismo, participación-acción, democratización exhaustiva, rearticulación teoría-práctica, etc.). Pero eso no impide que se haga un uso publicitario de dichos contenidos con fines de extender el impacto social de los mismos. También aquí puede haber un recurso a la ética del sacrificio y a la mística de la solidaridad, que a veces excede, con fines publicitarios, las voluntades reales que animan el trabajo concreto de los investigadores.

- Una notable versatilidad en los usos del lenguaje, que pueden ir desde el esoterismo hasta la más diáfana de las claridades. De este modo, el público con «sentido de tribu» puede sentirse atraído por los herméticos del humanismo crítico, mientras el público con «sentido genérico» puede acudir a los discursos dirigidos a «los hombres de buena voluntad». Entre ambos extremos pueden situarse diversos usos de lenguaje, con la posibilidad de captar diversos tipos de público. Una vez más, esto refleja la heterogeneidad interna de la tradición humanista-crítica; pero esta consistencia entre contenido y forma, o entre lo interno y lo exteriorizado, no impide que pueda constituir una *versatilidad estratégica* en los lenguajes con que el humanismo crítico comunica sus conocimientos al conjunto de la sociedad.

- Por último, un uso oportuno de la falta de utopías movilizadoras permite al humanismo crítico ocupar un espacio vacío, a saber, el de la oferta de proyectos de confluencia posible entre el individuo y la historia. Si después del golpe militar en Chile uno de los grandes dramas del imaginario colectivo, y una de sus cuentas pendientes, ha sido la brecha abierta entre proyecto de vida (individual) y proyecto de mundo (social), el humanismo crítico aprovecha —consciente o inconscientemente, implícita o explícitamente— esta herida abierta, es decir, ofrece un abanico de rearticulaciones posibles entre la acción individual y el sentido social. Sea con un discurso comunitarista, un discurso periférico, un discurso contracultural o participacionista, puede captar muchos usuarios ocupando este lugar vacío. Insisto, sin temor a la

repetición, que esto no contradice sus contenidos; por el contrario, ya en la voluntad que anima a buena parte de la tradición humanista crítica hay un esfuerzo por hacerse cargo de esta brecha abierta entre proyecto de vida y proyecto de mundo⁹⁰. Esto no impide tampoco que esta «oferta alternativa» sea promovida publicitariamente bajo circunstancias de crisis de identificación.

Los recursos estratégicos recién enumerados son aquellos que, a mi juicio, tienen relación más estrecha con esta tradición y, por tanto, establecen diferencias con recursos estratégicos de otras tradiciones. Se puede sostener, en síntesis, que en cada tradición existe *un aprovechamiento de modos de producción y contenidos de producción internos en la forma de comunicación hacia afuera*, y que si bien las estrategias de impacto pueden recurrir a los mismos medios en distintas tradiciones (medios masivos de comunicación, rituales profesionales de diverso tipo, etc), *existen imágenes, sub-discursos y meta-discursos que colman estas estrategias, y que varían según cada tradición, y según las opciones valóricas y epistemológicas internas y específicas de cada tradición*.

De este modo, las estrategias cristalizan, por una parte, en *formas consistentes de exteriorización*, las cuales pueden deducirse de los contenidos propios de la tradición (de allí la consistencia); y, por otra parte, las estrategias constituyen una *exacerbación o explotación* de ciertos contenidos de la tradición, traducidos a imágenes o discursos seudo-subliminales cuando se extrovierten hacia la sociedad. En casos extremos, esta consistencia puede llegar a transfigurarse en extroversión histórica.

Las estrategias de difusión y de impacto, en suma, *se pueblan de imágenes flotantes* cuyo origen puede rastrearse al interior de la producción misma de conocimientos. Una vez transpuestas al ritual comunicativo, estas imágenes pasan a «flotar», vale decir, están a disposición del buen comunicador, probablemente con menos peso discursivo que al interior de la tradición misma, pero con mayor atractivo para un público de no iniciados.

90. Dentro de esta tradición, los más proclives al espíritu postmoderno exaltan esta brecha en lugar de insistir en la necesidad de saldarla. Sin embargo, esta exaltación puede ser, a su vez, una vuelta distinta de la misma tuerca: se trataría de exacerbar la brecha para hacerla más insoslayable, o de sucumbir «alegremente» a su fatalidad.

Sistemas de interlocución y reconocimiento

Los sistemas de interlocución y reconocimiento son parcialmente contruidos por la comunidad de productores, y en parte constan de las redes de interlocución y de los sistemas de legitimación vigentes a los que la comunidad recurre para su inserción social. También hay, además, una intencionalidad desde afuera hacia adentro, vale decir, la pre-existencia de otros que frente a una comunidad de productores se plantean como interlocutores y/o legitimadores de los saberes producidos por dicha comunidad, y que esperan de ella cierto tipo de productos. Existe, en este aspecto, una tensión permanente, aunque rara vez explicitada, entre el esfuerzo de la comunidad por inaugurar sus propios referentes externos —de interlocución y de reconocimiento—, la necesidad de recurrir a referentes ya instalados —aunque sólo tenga afinidad relativa con estos referentes—, y el «posicionamiento exógeno» en que los sistemas instalados sitúan a la comunidad desde un mercado de saberes que opera con sus propias lógicas.

Entre los diferentes tipos de interlocutores a los que una tradición de productores se dirige de manera deliberada, pueden distinguirse los siguientes:

- Los interlocutores a los que la comunidad de productores destina sus productos para que operen como difusores o cajas de resonancia, a fin de extender, finalmente, la gama de usuarios de los conocimientos (medios de comunicación, redes y asociaciones profesionales, comunicadores, etc.).

- Los interlocutores definidos como potenciales agentes de cambio o de consolidación, es decir, *como transformadores de la teoría en práctica ordenadora*, o como agentes que, consagrados a prácticas que no son las de la comunidad misma, se definen como potencialmente «empáticos» con el mensaje o el producto en cuestión, y capaces de materializarlo en algún hecho posible.

- Los interlocutores definidos como agentes dotados de especial poder en la sociedad, o especial poder para incidir en cambios orientados en la dirección prescrita por la meta-imagen (la utopía y sus derivados normativos) de la tradición de productores (agentes que destinan recursos, que toman decisiones políticas, que influyen sobre otros agentes de poder, que el conjunto de la comunidad de productores les reconoce un status especial de autoridad moral o intelectual, que garantizan reconocimiento institucional, etc.).

- Finalmente, los interlocutores definidos como pares-en-tanto-intelectuales, o en tanto cientistas sociales, pero no como pares en la comunidad de productores, y con quienes cabe mantener un intercambio para efectos de persuasión, prestigio, enriquecimiento recíproco, debate frente a terceros, etc.

En cuanto a los sistemas de reconocimiento, estos son básicamente de dos tipos, a saber:

- Reconocimientos de valor académico por parte de pares de otras tradiciones o entre instituciones académicas socialmente reconocidas como tales. Este reconocimiento puede traducirse en premios, honores de todo tipo, inclusión de conocimientos producidos por la comunidad en *curricula*, difusión de conocimientos producidos, citas en textos de pares, invitaciones a actividades de intercambio intelectual, etc. Se reconoce aquí el conocimiento por su validez intrínseca.

- Reconocimientos de utilidad práctica que pueden provenir de organismos gubernamentales (*policy-makers*, tecnócratas, burócratas, profesionales del sector público), del sistema político (partidos o el aparato propiamente político del Estado), de organizaciones sociales diversas (organizaciones de promoción del desarrollo, grupos de base, sociedades profesionales, etc.), de medios de comunicación de masas y de agentes económicos privados (empresas de todo tipo). Estos reconocimientos se traducen en la conversión de los conocimientos producidos en medidas de políticas, en criterios políticos, en acciones comunitarias, en criterios profesionales, en estrategias empresariales, etc. Se reconoce aquí la validez del conocimiento por su eficacia en campos diversos de acción.

El sistema de reconocimientos permite, por último, asegurar la promoción de la tradición de productores o de algunos de sus miembros, lo cual puede traducirse básicamente en: oferta de cargos públicos o políticos, contratación de expertos por parte del sector privado empresarial, financiamiento de agencias de ayuda al desarrollo desde los países desarrollados, oferta de cargos académicos, espacios de intervención crecientes entre distintas organizaciones sociales, y mayor acceso a los medios de comunicación de masas.

Los tipos de interlocutores y reconocimientos que he desglosado más arriba son de tipo general y forman parte del interés y de las estrategias de todas las tradiciones importantes en materia de investigación social. Una vez más, si lo que nos interesa es desentrañar aquello que la tradición humanista crítica tiene de específico, y que establece sus

diferencias respecto de otras tradiciones de las ciencias sociales en Chile, es necesario delimitar, aunque sea tentativamente, cómo materializan estas fuentes de interlocución y reconocimiento desde la propia tradición, vale decir, cómo se conciben en un supuesto «momento de inflexión» interno/externo, donde la tradición extrovierte su producción hacia posibles campos de uso. Valgan los siguientes rasgos como posible síntesis de *orientaciones específicas de interlocución y reconocimiento* desde la perspectiva de la tradición humanista crítica.

a. En el campo de la interlocución con pares de las ciencias sociales que «militan» en otras tradiciones (funcionalistas, marxistas, integristas, liberales, etc.), una forma de relación que puede esperarse de la tradición humanista-crítica es de *relativización de los saberes del otro*; el variado arsenal crítico del que dispone esta tradición le permite realizar esta operación continuamente, situando el discurso del otro en el «mapa» de las racionalidades. Este lugar se explicita mostrando que dicho discurso (del par que es otro) obedece a determinaciones culturales, a opciones epistemológicas que a su vez forman parte de opciones ideológicas, a un uso del lenguaje que nunca es puramente operativo, y/ o a una cosmovisión que siempre oculta/devela una alta dosis de etnocentrismo (llámese racionalismo, determinismo, causalismo, economicismo, instrumentalismo, naturalismo, etc.).

b. Los interlocutores capaces de traducir la teoría en práctica ordenadora son muy variables en la visión del humanismo-crítico. Todo depende si se privilegia la dimensión de lo local, de lo estético, de lo efímero, de lo personal, de lo cultural, etc. Según cual sea, pues, la dimensión que en un momento dado adquiere primacía respecto de otras (primacía fluctuante al interior de los propios saberes del humanismo crítico), los agentes definidos como catalizadores prácticos de dichos saberes podrán variar: comunitarios, artistas, grupos de encuentro, líderes estudiantiles, iniciativas contraculturales, etc.

Sin embargo, lo que subyace a esta diversidad de interlocutores-agentes de cambio es que *la relación de interlocución se plantea, en buena medida, como relación de reciprocidad*; en otras palabras, el cientista social va a comunicar sus saberes, pero al mismo tiempo a completar esos saberes por vía de la respuesta que obtiene de los agentes en juego. Una vez más, el modelo de investigación participativa o de investigación-acción se hace sentir. A tal extremo, que podría afirmarse que es con estos agentes definidos como catalizadores, más que con los científicos sociales de otras tradiciones (los pares/diferentes), con quie-

nes los humanistas críticos establecen su propio sistema de reciclaje intelectual.

c. Respecto de los interlocutores definidos como agentes de poder o de influencia dentro de la sociedad, el intercambio que la comunidad humanista-crítica establece con ellos también es variable. Desde adentro hacia afuera, hay un intento por influir sobre estos interlocutores, y por diferenciar entre agentes de poder receptivos y agentes impermeables. Una vez que se identifican los agentes receptivos, la interlocución puede establecerse *intentando introducir criterios y enfoques propios del humanismo crítico en la práctica específica del interlocutor*: en programas de desarrollo local si son dirigentes municipales; en programas de educación política y de líneas de acción si son dirigentes de partidos; en criterios favorables a un tipo de desarrollo social integrado si son agentes de gobierno; en curricula educacionales si pertenecen a la institucionalidad académica, etc.

Desde afuera hacia adentro, puede haber una apropiación y distorsión de los saberes producidos, a fin de justificar una situación que los propios humanistas críticos objetarían. Un ejemplo de ello lo constituye la exaltación de la participación comunitaria, valor que puede ser retomado por agentes de poder (del gobierno, de los municipios, de organismos internacionales, de medios de ideologización de masas) pero para justificar la no intervención del Estado, la reducción de gastos en programas sociales, o la homologación de la descentralización con la privatización (nota: ejemplo De Soto y su difusión). Otro ejemplo es la apropiación de elementos de teoría crítica, por parte de agentes de poder y de influencia (incluyendo a comunicadores e intelectuales de grupos dominantes), para objetar a terceros. Ejemplo de ello es la apropiación de la crítica de la razón instrumental y del iluminismo, por parte de la derecha ideológica, para atacar a la izquierda (nota: se pueden citar a los anti-utópicos: Popper, Nozick, etc.).

d. En relación a los sistemas de reconocimiento, pareciera que la tradición humanista crítica se insertase en canales similares a toda tradición, si bien en el caso de los reconocimientos de utilidad práctica difieren los contenidos respecto de la tradición funcionalista o de la tradición marxista (ver Brunner y ver Moulian). En este aspecto, es menos esperable su inserción en el aparato técnico de gobierno, en la empresa privada, en la movilización de masas o en los partidos políticos. Su inserción es mucho más evidente en el ámbito de organizaciones sociales (comunitarias, profesionales, de promoción del desarrollo, de

contra-cultura), y por lo tanto los reconocimientos le vienen, en su mayor parte, desde tales organizaciones. En esta medida, se le puede reconocer a sus saberes una eficacia que ha de ser más simbólica que material: proveer nuevos símbolos de identificación, generar motivaciones para la participación, dotar de sentido extra-pecuniario a prácticas profesionales, y/o incentivar el desenmascaramiento de las racionalidades dominantes.

e. Por último, los reconocimientos de valor académico no parecen diferir de aquéllos que puedan establecerse desde otras tradiciones. Al fin y al cabo, se busca lo mismo: reconocimiento de la institucionalidad académica a la calidad del conocimiento producido; adjudicación de honores, premios y menciones; inclusión de la literatura producida por el humanismo crítico en bibliografías, *curricula*, citas de otros y publicaciones académicas; incorporación a redes, eventos de intercambio de conocimientos, seminarios, debates, etc.; ofertas de empleo para intelectuales de la tradición humanista crítica en los campos de la docencia y la investigación; y mayores espacios en los medios de difusión de los conocimientos producidos por las ciencias sociales.

Tal vez lo específico de la tradición humanista crítica respecto de la obtención de reconocimiento académico, consiste en su búsqueda de *reconocimiento por la diferencia*, vale decir, por la fuerza relativizadora que el humanismo crítico es capaz de ejercer respecto de los saberes producidos por otras tradiciones. Pero dado que en este espacio de reconocimiento lo que debe probarse a sí mismo es el *conocimiento mismo*, y no tanto su utilidad práctica, esta fuerza crítica se expresa, con frecuencia, en la *crítica de los paradigmas* que operan en las ciencias sociales, en la crítica de los métodos y en la *crítica de la relación sujeto-objeto* del conocimiento. El reconocimiento y la legitimidad académica que puedan recibir los saberes del humanismo crítico pueden depender, en importante medida, de su capacidad crítica en esta dirección.

Del lado de la sociedad: demandas y expectativas

El recorrido descriptivo que he formulado en las páginas precedentes, ha intentado mostrar los rasgos más propios de oferta de una línea de producción de saberes a la sociedad, incluyendo los campos de usos, impactos, interlocutores y estrategias de extroversión. He intentado reconstruir, por decirlo de algún modo, un itinerario que va de adentro

hacia afuera, y que direcciona los saberes *endógenamente* para situarlos en ciertos campos de uso o para connotar a priori dichos campos.

Pero es innegable que la relación adentro/afuera no es lineal sino dialéctica, y el condicionamiento de la oferta de saberes *por* la demanda social es algo de lo cual aquí no nos hemos ocupado. Sólo hemos rozado el tema en la referencia a las estrategias utilizadas por la tradición humanista crítica para extender los campos de usos sociales de sus conocimientos. Hicimos referencia allí a ciertos «lugares vacíos» o, en otras palabras, a una demanda insatisfecha de aquello que se ha dado en llamar «consumo simbólico».

Por cierto, la temática de la demanda social de conocimientos daría lugar a un trabajo tanto o más extenso que éste. Una vez más, y sólo con fines de ilustración, me interesa hacer hincapié en aquellos contenidos de la demanda que se plantean de manera *específica* a la tradición humanista crítica. Sepa el lector que esta caracterización no tiene más base que mi propia «constatación experiencial», por lo cual puede contener una alta dosis de arbitrariedad.

a. Reiterando lo ya señalado en algún momento anterior de este trabajo, se le plantea a la comunidad humanista crítica una demanda por *símbolos de identificación*, vale decir, por ideas-fuerza que tengan la capacidad de seducir y movilizar los adormilados ánimos de transformación social. La crisis del marxismo y, sobre todo, la crisis de la movilización de masas como lugar de condensación del «sentido de la historia», mueven a buscar otros símbolos y otras formas para volver a dotar a la acción de sentido histórico.

La desmovilización represiva ejercida sostenidamente por la dictadura durante tantos años, ha forzado a vastos contingentes sociales a buscar en otro lado la satisfacción de esta «necesidad de sentido», como también del «ritual del sentido». En este contexto, la tradición humanista-crítica aparece como el lugar de una oferta alternativa, con contenidos renovados y rituales menos públicos y más personalizados; aquí, lo que se espera es una identificación simbólica que no cristalice en la «fusión indiferenciada» con la masa, sino en una acción cualitativa y más individualizada. El propio resurgimiento del individualismo, promovido con otros fines desde ideologías dominantes, mueve a buscar rituales de identificación simbólicos más personales, y se espera que el humanismo crítico sea capaz de proveer materia prima para construir estos rituales.

b. En un sentido parecido, se busca el sustituto de la imagen desvanecida de una *revolución posible* y de una *utopía posible*, y entonces se le pide al humanismo crítico que de alguna manera vuelva a poblar el futuro de las virtualidades que otrora suministraba la imagen de la revolución. Estas virtualidades son las siguientes: la producción de *acontecimientos sociales significativos*; la generación de cambios con *fuerza redentora*, que puedan liberar a los sujetos del sentimiento de sometimiento o de culpa; y la plena compenetración de la vida personal con la vida de los pueblos mediante un movimiento irreversible de la sociedad (nota: ver mi trabajo al respecto).

La crisis del marxismo, por un lado, y la confluencia de otras tradiciones de las ciencias sociales hacia el pragmatismo por el otro —la cautela, el institucionalismo, el gradualismo—, obligan a muchos a orientar cada vez más sus demandas de símbolos de transformación —y su pasión por el cambio— hacia la tradición humanista crítica. De este modo, *desde afuera* se busca construir o magnificar una *oferta de radicalidad*.

c. Pero también existe una demanda en dirección contraria: se le pide al humanismo crítico que, a partir de la crítica de las racionalidades y de la crítica a la oferta «dominante» de modelos sociales, proponga modelos *viabiles* de «convivencialidad», incluyendo modos de organización de la vida social, de asignación de recursos, de negociación entre poderes, etc. Se le objeta, en este respecto, su excesivo utopismo y voluntarismo en las propuestas, y se le pide atenuar su radicalidad crítica para que las propuestas que emanen de dicho ejercicio crítico puedan ser tomadas en consideración por el sistema político, el aparato técnico del Estado, los profesionales liberales y/o las grandes organizaciones internacionales de ayuda al desarrollo.

d. En el mismo sentido, existe una importante demanda de elementos prácticos de articulación micro-macro, vale decir: procedimientos que permitan remontarse de la «experiencia piloto» a las políticas sociales de amplia cobertura; explicitación *concreta* de aquello que con tanta facilidad se nombra como «efecto multiplicador» (cómo, en suma, puede promoverse este efecto, entre quienes, cuándo, hacia dónde, etc.); formulación de módulos de acción comunitaria estandarizados, replicables y eficientes; catastros de las experiencias existentes y acumuladas en materia de participación comunitaria, autogestión, micro-experiencias de desarrollo endógeno, etc.; y estrategias claras y convincentes de cooperación entre distintos niveles de

acción que incluyan instancias de gobierno central, de planificación sectorial, de municipios, de organismos no gubernamentales, de organizaciones de base, de agencias internacionales para el desarrollo, de medios de comunicación de masas y de asociaciones profesionales.

e. Por último, existe también una demanda de mayor *continuidad* y *conexión* en los saberes que dicha tradición ofrece al público. Continuidad, porque las mismas características institucionales y de personalidad de la tradición humanista crítica llevan a interrumpir o discontinuar muchos «proyectos de saber» que son «anunciados» al consumo, pero que nunca llegan a término ni se desarrollan. Conexión, porque la oferta de conocimientos por parte de la tradición humanista crítica ha sido bastante dispersa, lo cual puede producir en los receptores una sensación de inconsistencia o de fragilidad, y una demanda consiguiente de mayor articulación entre los saberes que ellos quieren «consumir».

La demanda que emana desde distintos lugares de la sociedad y que opera como mecanismo de presión sobre la oferta, está, a su vez, condicionada por la oferta previa; por las *promesas pendientes* de la oferta, por sus estrategias de seducción y de persuasión, por sus recursos publicitarios. Por ello, sobre las distintas tradiciones de producción de saberes pesan demandas diferentes, o cuando menos matices distintos. La dialéctica del condicionamiento entre la oferta y la demanda varía también según el tipo de interlocutores a considerar, trátese de los pares —cientistas sociales— de otras tradiciones, de agentes de poder, de agentes de difusión o de agentes de catalización.

A modo de conclusión

Al releer el trabajo que aquí culmina he quedado con la impresión de que el esfuerzo por disimular mi propia pertenencia a la CHC me ha llevado a algunos comentarios ácidos o irónicos respecto de la misma. No obstante, creo que el panorama que aquí se ofrece es bastante exhaustivo y ecuánime, incluso al precio de excesiva generalidad. Me parece, también, que la comprensión del humanismo crítico *en tanto campo de saberes sociales*, vale decir, campo de producción de conocimientos sociales con el que se identifica una gama diversa de profesionales de las ciencias sociales, ha quedado expuesta con claridad.

Quisiera cerrar el trabajo con una reflexión en torno a las perspectivas y aportes potenciales de la CHC al proceso democrático que se abre

para el país. Si bien este aporte tiene especial sentido en las puertas de un nuevo orden institucional, no deja de ser pertinente si se proyecta hoy día al ámbito latinoamericano. Trátese de democratizaciones recientes o de países con institucionalidad democrática perdurable, la mayoría de los países de la región se enfrenta a problemas similares cuando se deben plantear opciones que tengan por objeto articular democracia con desarrollo. Las observaciones que siguen intentan recuperar algunas de las herramientas de la CHC en función de esta articulación pendiente.

En primer lugar, el aporte de la CHC a la nueva institucionalidad democrática nace de su propia utopía «fundante», descrita en estas páginas como la utopía de la democratización exhaustiva. De este modo, la CHC puede interpelar al nuevo orden desde el derrotero de la *cultura democrática*. En esta línea han de inscribirse, probablemente, los saberes más estrechamente vinculados a la temática de los derechos humanos. También el tema de la participación, que constituye otro *leitmotiv* en la CHC, tiene estrecha relación con la idea-fuerza de democratizar la cultura. El aporte de la CHC a un imaginario social emergente, en el cual la democracia aparezca no sólo con su valor político, sino como el marco normativo en el cual inscribir la vida misma del tejido social, puede contribuir a un dinamismo societal inédito. La idea de poblar la cotidianidad de relaciones democráticas —el vecindario, la familia, la escuela, el trabajo—, tan afín a los paladares del humanismo crítico, sería un referente-límite para la nueva democracia y podría proveer, por lo mismo, una orientación práctica. Pero también aquí le cabe a la CHC ponerse a la altura de sus meta-valores y ser capaz de ofrecerle a la democracia caminos específicos que respondan a esta orientación.

En segundo lugar, la CHC puede contribuir en el aprendizaje social de un pluralismo radical; este aprendizaje parte por el cuestionamiento incesante de todo aquello que, en una institucionalidad democrática, arrastra el sesgo de la exclusión, el reduccionismo, el etnocentrismo o, en resumen, la intolerancia frente a la diferencia. Los saberes que provienen de la crítica postmoderna (en arte, en política, en sociología), los saberes ligados a los movimientos contraculturales, los saberes más estrechamente vinculados con el status de la mujer y de las minorías, así como aquéllos consagrados a las identidades contrahegemónicas o los nuevos movimientos sociales, pueden aportar elementos específicos en este sentido. Si la democratización tiene, como medio y como fin, la consagración de un orden abierto en el que

conviven diferentes valores, sensibilidades, opiniones y deseos, cuánta más presencia pública tenga la «alteridad», más receptivos serán los distintos agentes sociales a nuevas racionalidades. Lo que podría estar en juego, aunque suene retórico, es una democracia en que las identidades encuentren campo de afirmación. Para ello, la CHC tiene un arsenal considerable. Falta orientarlo hacia los espacios públicos y políticos.

En tercer lugar, la CHC puede hacer aportes en la concepción de un desarrollo donde las escalas y los ámbitos juegan un papel primordial. Por un lado, la reivindicación de lo comunitario, lo local y lo regional, entendidos como espacios de participación más plena y de «integración diversificada». Por otro lado, el énfasis en la dimensión sociocultural y en la dimensión personal del desarrollo, vale decir, en sus aspectos más cualitativos, y en una perspectiva multidisciplinaria que pueda servir de antídoto contra la compulsión tecnocratizante. En este sentido, la CHC puede contribuir a un modelo de desarrollo para la democracia, sobre todo contrastando sus propios saberes con los modelos hegemónicos de desarrollo y con los indicadores propios de los discursos «modernizantes» del desarrollo. De este juego de confrontaciones podrían emanar nuevas ideas en torno a las opciones estratégicas para un nuevo orden.

En cuarto lugar, la CHC debiera contribuir a *hacer presente los actores ausentes*, vale decir, los excluidos del sistema económico y de la representación política, y que a la vez son los protagonistas prefigurados por la CHC: los pobres, los informales, los grupos de base, las organizaciones económicas populares y los llamados nuevos movimientos sociales. Si la democracia es la posibilidad de que todos los intereses colectivos sean representables ante instancias de decisión, de deliberación y de asignación de recursos, entonces estos actores excluidos y/o emergentes deben tener presencia pública y política. La CHC debiera tener bastante que decir en este respecto, pues un porcentaje importante de sus saberes ha tenido por objeto-sujeto a estos sectores. De modo que puede sugerir modos de organización, mecanismos de representatividad y estrategias de presión en favor de dichos grupos.

Por último, la CHC tiene bastante que decir en una de las discusiones más importantes para el futuro entroncamiento entre desarrollo y democracia, cual es la de los límites entre lo privado y lo público. Su crítica del estatismo (del asistencialismo, de la tecnocracia, de la burocracia, del centralismo, del autoritarismo estatal) la separa del marxismo y del socialismo real; y su crítica del mercado y de la

competencia la separan del neoliberalismo. El rescate de lo privado, no ya restringido al mundo de los empresarios, sino también como el mundo de la economía popular y de las identidades sociales diversas, permite reformular el problema de la articulación entre lo público y lo privado. La CHC debiera, pues, potenciar el uso de sus saberes para enriquecer este debate que tantas consecuencias tiene sobre las opciones estratégicas de desarrollo que deberá formular el nuevo orden institucional.

Finalmente, la CHC debiera insertarse dinámicamente en el debate teórico y práctico acerca del sentido de la democracia, y esto sobre todo con dos fines: para poner el acento en la idea de la democracia como un campo de invención social y como un orden abierto a nuevas ideas y proyectos de sociedad; y para ofrecer un relato posible (no imperativo, pero sí movilizador), de alcance nacional, que permita situar la democracia en un horizonte de sentido. En estos aspectos la CHC podría contar con una mejor disposición que otras comunidades de saberes sociales, precisamente porque su «stock» de proyectos de sociedad todavía no ha sido puesto a prueba. Tiene, con ello, la ventaja de los nuevos aires y el riesgo del noviciado. Un futuro abierto tal vez tenga que transitar por ese doble filo.

El humanismo crítico empieza a constituirse como campo reconocido de saberes sociales en un momento de inflexión en el cual, como se dijo al principio, también está en tela de juicio la articulación entre producción y uso de saberes. Hay demanda de conocimientos y de símbolos, de proyectos y de cuestionamientos, de relatos y de contrarrelatos. El cientista social, atrapado también en un cruce de proyectos personales y sueños de sociedad, quiere responder estas demandas pero también quiere que se le escuche; espera ser no sólo testigo, sino también protagonista en la construcción de un nuevo orden.